

TRES CONTRIBUCIONES AFRO-HISPÁNICAS
(Nota bibliográfica)

Luis Beltrán
Universidade Nacional do Zaire

Aunque tratándose de temas diferentes, dentro de la temática afro-hispánica general, los hemos reunido en esta reseña bibliográfica por ser libros difícilmente accesibles y por el hecho de aportar y sostener una tesis central que nos parece importante. El libro de Arrazola nos evidencia — harto claramente — el aporte negro al ideal libertario de los pueblos iberoamericanos, desde un punto de vista histórico-político. La obra de Meléndez y Duncan apoyan en una contribución sociológica e histórica el punto de vista — que hemos avanzado y comprobado — de que existe una diferencia bastante apreciable entre la población negra nacional y las comunidades negras angloantillanas en los países del istmo centroamericano. Por último dentro de la literatura, Cyrus distingue entre “vocación” y “ascendencia” en lo que respecta a la literatura “negrista” hispanoamericana que no es patrimonio exclusivo de un grupo racial determinado, es decir que lo negrista no es exclusivamente negro en el sentido racial, como ocurre en otras áreas geo-culturales del continente americano e en otras regiones del mundo.

Arrazola trata de ese fenómeno socio-político — muy poco conocido por los generalistas de la historia iberoamericana — los “palenques” llamados en Brasil “quilombos”, que constituyeron los primeros focos de resistencia acaudillados e integrados por personas de origen no autóctono

(es decir que no fueran indios) contra el sistema colonial implantado por España y Portugal. Ello también ocurrió — quizás con mayor amplitud y frecuencia — en las naciones negras angloparlantes de América (como es el caso de Jamaica) y estas comunidades de “cimarrones” o esclavos fugitivos son en dichos estados mejor conocidas que en Iberoamérica. Esto nos impide compartir el punto de vista del autor que estima que en ninguna otra región de América hubo esa guerra constante entre cimarrones y españoles como en Cartagena. El autor también compara estas sublevaciones con la guerra de los esclavos de Roma en los años 136 y 71 antes de Jesucristo.

El autor se muestra también demasiado parroquialista al afirmar que es “Cartagena el único lugar del mundo blanco en que no existen prejuicios raciales de ninguna naturaleza respecto del negro y en que conviven las dos razas e sus mezclas sin fricciones del tipo de las que se suceden en los Estados Unidos” (p. 81). Sólo en Colombia, aparte del Departamento Bolívar — cuya capital es precisamente Cartagena — existe otro Departamento con una comunidad negra muy importante, el del Chocó; también creemos que esta aseveración es más o menos válida para el resto de las naciones iberoamericanas y, a nivel nacional, Panamá (a pesar del caso de las comunidades angloantillanas) constituye — a nuestro juicio — el arquetipo. Quizás el autor se refería a países “blancos” típicos.

Arrazola resalta asimismo el fenómeno de “mulatización” de Cartagena en contraste con el poco “mestizaje” que hubo en dicha área.

A pesar de estas afirmaciones “cartagenistas”, el libro de Arrazola no deja de ser una contribución importante por constituir una obra consagrada al tema de estos movimientos de rebeldía que deben ser tratados y estudiados dentro del marco del sistema colonial iberoamericano, tratando de buscar sus consecuencias regionales o nacionales, en los ámbitos político, económico, social y cultural.

La obra que firman Meléndez — historiador costarricense — y Duncan — polifacético como lo demuestra su propia biografía — es el primer libro especializado que se interesa en los diversos aspectos de la presencia negra en Costa Rica y un buen síntoma es que haya sido publicado en el país. De acuerdo con sus orígenes y especialización los autores se repartieron el trabajo al comprender la ventaja que ello representaría para el éxito de sus investigaciones sociológicas.

Meléndez tratará del negro en Costa Rica durante la colonia y de los aspectos internos o nacionales de la inmigración jamaicana a Costa Rica. Su ponderación y su objetividad es manifiesta al declarar sin ambages que la esclavitud es un fenómeno casi universal en diferentes épocas de la humanidad. Hasta el momento de escribir el libro no había podido comprobar

si existió el cimarronaje en Costa Rica, pero en esta investigación histórica nos relata la existencia bastante temprana de mulatos libres — en 1657 — cuyo número iría siempre en aumento, citando asimismo documentos que atestiguan que en aglomeraciones como Puebla de los Pardos-barriada de Cartago — fundada en 1751 vivían negros y mulatos libres, si bien algo segregados según documento del Obispo Morel de Santa Cruz. Otros “pueblos de pardos” prosperaron en Heredia y San José, que según el autor, fueron el inicio del proceso de integración racial y de disminución de tensiones interraciales en el país a partir del siglo XVIII.

El segundo capítulo de Meléndez se refiere a la inmigración de angloantillanos oriundos de Jamaica y que en su mayoría — al principio — habían emigrado de su isla natal a Panamá y de allí pasaron a Costa Rica. Comenzarán a afluir en 1872 al iniciarse la construcción del ferrocarril de Puerto Limón en el Caribe. Según datos demográficos de la época, se estimaba que en 1927 el 90% de los negros de Costa Rica eran antillanos o de origen antillano y para detener este flujo pondrán trabas a la inmigración las cuales durarán hasta 1949; estos impedimentos existieron — sabemos — en Nicaragua y Panamá.

Duncan en su capítulo sobre “El Negro Antillano” reconoce que han cristalizado prejuicios mutuos entre el negro costarricense (o criollo como se dice de todos los nacionales) y el de origen angloantillano o jamaicano. Estos últimos tienden a no mezclarse con los primeros por considerarse superiores — hablan una lengua de prestigio, el inglés. Duncan analiza las diferentes manifestaciones culturales de los “antillanos” de Costa Rica (el “obeah”, las “logias”, bailes, instituciones, etc...).

El trabajo termina con una lista de personalidades negras de la zona de Puerto Limón que incluye sus biografías respectivas y una corta selección antológica de textos de destacados negros costarricenses. En uno y otro caso los nombres indican sin lugar a dudas la procedencia angloantillana de los negros limonenses.

Único aporte afro-costarricense de importancia, el libro de Meléndez y Duncan constituye una fuente irremplazable para el estudio de un sector de la sociedad de este país.

La tercera obra que reseñamos es la de porte literario del angloantillano (de Grenada) Stanley Cyrus, profesor de la Universidad Howard de Washington. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, que editó la antología, se ha destacado por haber publicado obras de dos de los tres autores “negristas” del Ecuador: Nelson Estupiñán Bass y el conocido Adalberto Ortiz. La recopilación de Cyrus incluye escritores del Perú — Nicomedes Santa Cruz, José Diez Canseco y Enrique López Albújar — del Ecuador — Adalberto Ortiz y Nelson Estupiñán Bass — de Colombia — Manuel Zapata Olivella

y Carlos Arturo Truque — y del venezolano Ramón Díaz Sánchez. De todos ellos Adalberto Ortiz y Nicodemes Santa Cruz son los más conocidos en el mundo de la literatura negrista hispanoamericana. La antología no incluye ningún comentario.

Para todos aquellos que se interesen en los temas afro-hispánicos, estas tres obras constituyen otros tantos estímulos que deberían inducir a profundizar a través de la historia, la sociología y la literatura, sobre la contribución africana o de origen africana a la autenticidad hispánica. Y ojalá que si algo se publica, que se trate de algo que podamos obtener con más facilidad que estos tres libros mencionados . . .

BIBLIOGRAFÍA

ARRAZOLA, Roberto. *Palenque Primer Pueblo Libre de América (Historia de las Sublevaciones de los Esclavos en Cartagena)*. Cartagena, Ed. Hernández, 1970. 302 p. (epílogo e ilustraciones).

MELENDEZ, C. y DUNCAN Q. *El Negro en Costa Rica (Antología)*. San José, Ed. Costa Rica, 1972, p. 281.

CYRUS, Stanley. *El Cuento Negrista Sudamericano*. Quito, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1973. 215 p.